DDT
REVISTA DE HUMOR
Año XV - 2.ª época - BARCELONA 21 - febrero - 1966. N.º 764
—¡El niño cada día hace preguntas más tontas...! Hoy quería saber cuántos metros de pasta dentífrica hay en un tubo.
10468
5
PTS

Un hermoso soneto del Fénix por JORGE LLOPIS

-UN SONETO ME MANDA HACER VIOLANTE,

-Y EN MI VIDA ME HE VISTO EN TAL APRIETO.

-CATORCE VERSOS DICEN QUE ES SONETO;

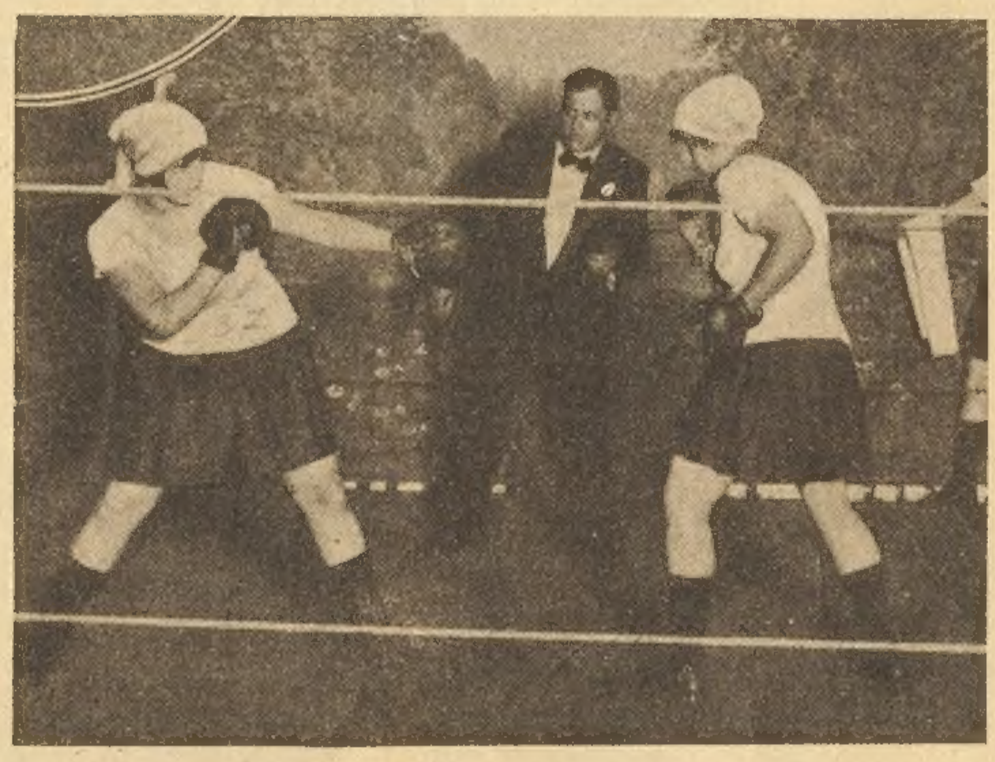
-BURLA BURLANDO VAN LOS TRES DELANTE.

-YO PENSE QUE NO HALLARA CONSONANTE,

-Y ESTOY A LA MITAD DE OTRO CUARTETO;

-MAS SI ME VEO EN EL PRIMER TERCETO,

-NO HAY COSA EN LOS CUARTETOS QUE ME ESPANTE.



-POR EL PRIMER TERCETO VOY ENTRANDO,

-Y PARECE QUE ENTRE CON PIE DERECHO.

-PUES FIN CON ESTE VERSO LE VOY DANDO.

-YA ESTOY EN EL SEGUNDO, Y AUN SOSPECHO,

-QUE VOY LOS TRECE VERSOS ACABANDO;

-CONTAD SI SON CATORCE, Y ESTA HECHO.

HOY DENUNCIAMOS...

...a los que miran atrás con pena

Mirar hacia atrás, con ira, sin ira, con pena o con gafas ahumadas, siempre es una tontería, excepto cuando acaba de pasar una rubia sensacional.

Pero, de todos los que miran hacia atrás, el que más gordo nos cae es el que mira con pena, con nostalgia, para comparar con lo actual y decir que antes sí y ahora no. Aunque fuera antes sí y ahora no —que no nos parece tan inútil decirlo y recordarlo como pretender que se doblen los telefilms a un idioma inteligible. Y es que vivimos en 1966 por mucho que nos reviente.

Estamos de acuerdo en que el teléfono falla a menudo, el ascensor no siempre funciona, cuesta encontrar taxis, la circulación es un lío y las películas con niño son muy malas. Todo ello es cierto, pero no menos cierto es que hace unos años —no muchos, aunque lo parezca— no había teléfono, ascensores, taxis y las películas con niño continuaban siendo malas con recochineo.

La juventud actual —uno de los caballos de batalla de los detractores de lo moderno— lleva el pelo largo, viste pantalones "pata de elefante" y baila el "quando". Las chicas llevan faldas cortas, fuman labores nacionales y beben whisky español cuando pagan ellas y extranjero cuando paga Polito. Bueno, ¿y qué? ¿Es nuevo todo esto? Miremos, por una vez solamente hacia atrás y veremos señores melenudos —incluso algunos notarios, que ya es el colmo de la seriedad con oposiciones— barbudos, pantalones anchos, estrechos... Chicas que bebían moscatel o menta, recitaban odas y madrigales, faldas cortas, largas, medianas, escotes que ahora escandalizarían y veríamos también bailar el 'booguie', el charlestón, la polca y la mazurca... Y oiríamos canciones que decían: "Pisa morena, pisa con garbo", cosa a la que no hemos llegado en la actualidad ¡a Dios gracias!

Puede resultar curioso saber que en 1910 con un real podía cenarse, alquilar un coche, asistir a un estreno y guardar el cambio en un banco para cobrar intereses. Dentro de unos años también resultará curioso saber que en 1966 se hacía la mitad de estas cosas con dos millones de pesetas, con estos dos millones que entonces se darán de propina al acomodador.

Haciendo un esfuerzo —pequeñito, no crean— pueden llegar a gustarles los Beatles, encontrar bonito un frasco de crecepelo y darse cuenta de que está mejor Ursula Andress que la Niña de los Botijos, canzonetista española... Basta ver fotografías, si es que por entonces existían estas..

PERICH

DDT
REVISTA DE HUMOR

NUM. 764 • AÑO XIV 21 de febrero de 1966

Director: MIGUEL MARTIN MONFORTE

© EDITORIAL BRUGUERA, S. A. • 1966 - Titularidad y derechos reservados a favor de la propia Editorial - Barcelona - España

Impresa en los talleres gráficos de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2 - BARCELONA - 1966

Depósito legal B 125 - 1958

—¡Es un nuevo método de respiración artificial!

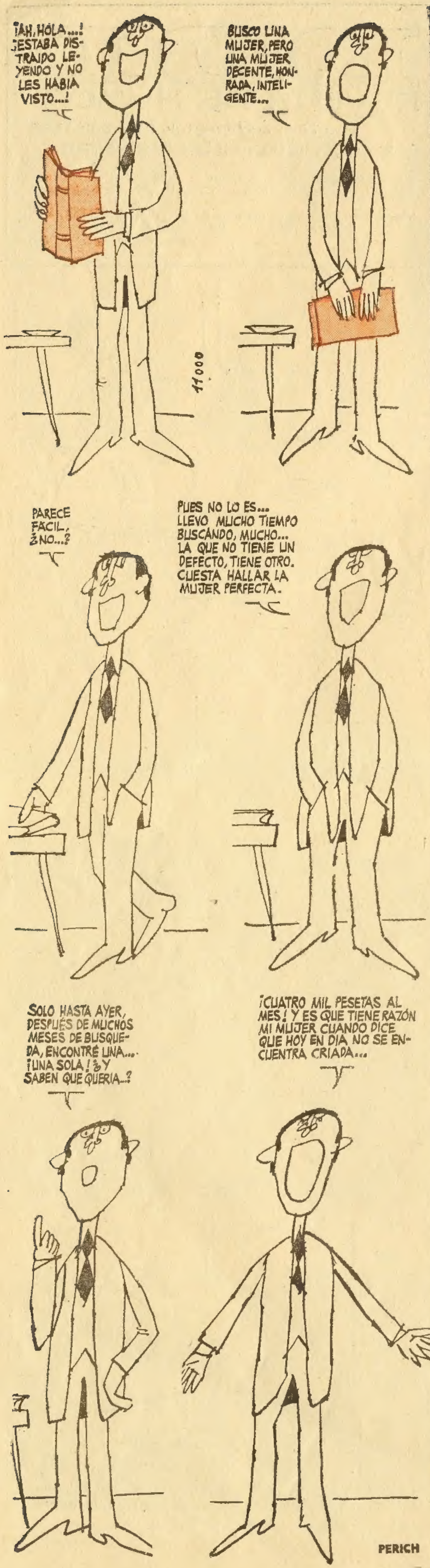
—¡Yo le dije que tomaba dictados en taquigrafía, no que supiera leerlos!

—¡Esta es la primera pregunta inteligente que me han hecho desde que estoy empleada aquí!

—¡El garaje está cinco metros más a la izquierda, querida!

—¿Qué, Ramón? ¿Le pediste el aumento a ese viejo zorro tacaño?

—¡Claro que le dije que no me casaría con él, aunque fuese el último hombre de la Tierra! ¡Pero eso fue antes de que me lo pidiera!



Las ensaimadas perversas

Herminio tenía en su rostro ese tinte tostado y moreno que sugiere en nosotros en seguida una larga estancia en esos países cálidos y candongos donde la mulata sabrosona se come cada plato de fríjoles como para parar un tren entrando en agujas en la estación de Venta de Baños.

Sí, era indudable que Herminio había pasado una gran parte de su vida en un país exótico, porque al sentarse a almorzar traía siempre con él un tarro de salsa picante, una salsa extraña, entre dulzona y venenosa, que tenía la propiedad de convertir la boca y laringe del que la probaba en una escribanía de repujado cuero con relieves representando a Boabdil llorando como mujer ya que no supo defender Granada como un macho.

Lo bueno de Herminio, lo mejor sin duda de su carácter, era que no comenzaba todos los días, diciendo:

—Cuando remontamos el curso del Amazonas en el que los cocodrilos pululaban como Pedro por su calle...

O bien, eso otro de:

—Al llegar a aquel punto de la selva, en el cual las lianas lo liaban todo sin la menor consideración, los negros dijeron que no seguían adelante. En vista de ello, miss Evans, el doctor y yo...

Y también aquello otro de:

—¡Cuando salí de La Habana, válgame Dios...!

Herminio se mostraba taciturno, reservado, ausente. Resumiendo, era el único hombre que ha viajado mucho que no atormentaba a sus amistades con el relato de sus andanzas y sus aventuras.

Y, sin embargo, yo "sabía" que Herminio tenía un secreto. Se encerraba en su habitación y permanecía en ella horas y más horas, al cabo de las cuales salía en un estado de excitación tremendo, sudoroso y desmadejado.

Pensé si no se habría aficionado a alguno de los estupefacientes que en esos países tropicales se dan, por lo visto, lo mismo que aquí se da el acreditado garbanzo de Fuentesaúco.

Aproveché que Herminio había salido y entré furtivamente en su habitación, que registré de cabo a rabo. No encontré nada extraño, excepto una flauta, una extraña flauta india.

Decidido a penetrar en el secreto de mi amigo, le esperé aquella noche. Herminio regresó a casa sobre las once, llevando bajo el brazo un extraño envoltorio.

—¿Qué llevas ahí?

—¡Nada! —me respondió, huraño, encerrándose acto seguido en su cuarto.

Era verano. Agazapado en las sombras en el cuarto de plancha, observé a Herminio que se movía lentamente por su habitación con bastante normalidad. Luego sacó la flauta india de su estuche, desenvolvió el paquete que había traído de la calle y comenzó a tocar la flauta suavemente.

El paquete contenía dos ensaimadas mallorquinas, calentitas y aceitosas, dos ensaimadas que al suave ritmo de la triste melopea de Herminio, se desenrollaron y se mantuvieron erectas, amenazadoras, terribles, contemplando con su cabeza de masa al encantador que las subyugaba.

Con un escalofrío en el pijama abandoné mi puesto de observación.

Al día siguiente, Herminio volvió a traer a casa un paquete más grande que el de la víspera. Un paquete enorme y circular. Me dije, tembloroso:

—¡Pues hoy las que trae están rellenas de cabello de ángel...!

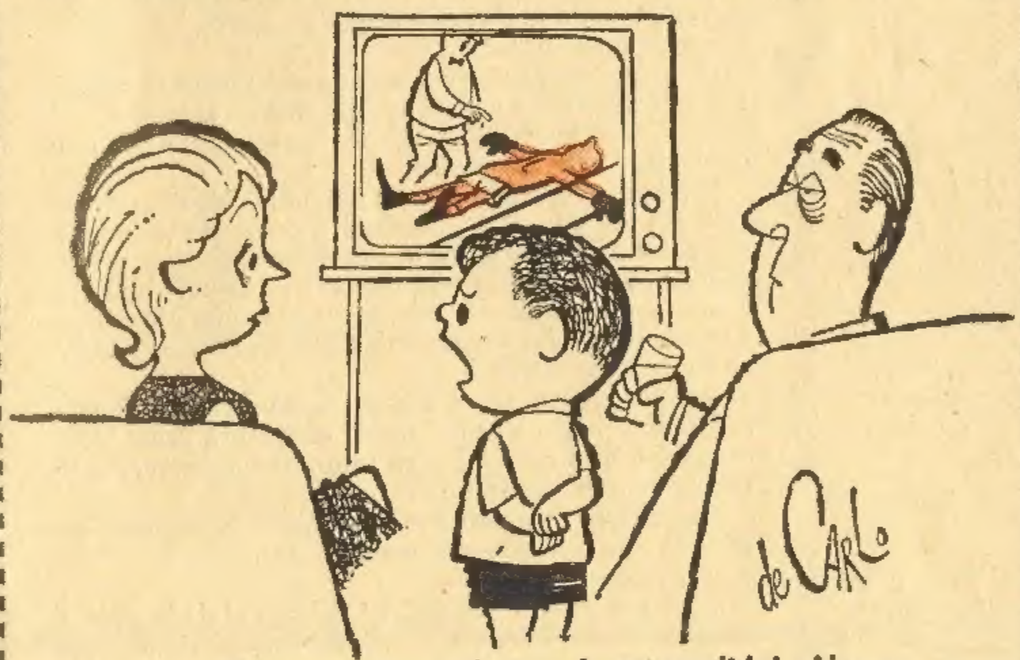
Herminio se encerró en su cuarto como siempre. Al poco rato escuché la monótona melodía de su flauta.

Le encontramos al día siguiente, muerto. Las ensaimadas habían desobedecido a su dueño y le habían estrangulado.

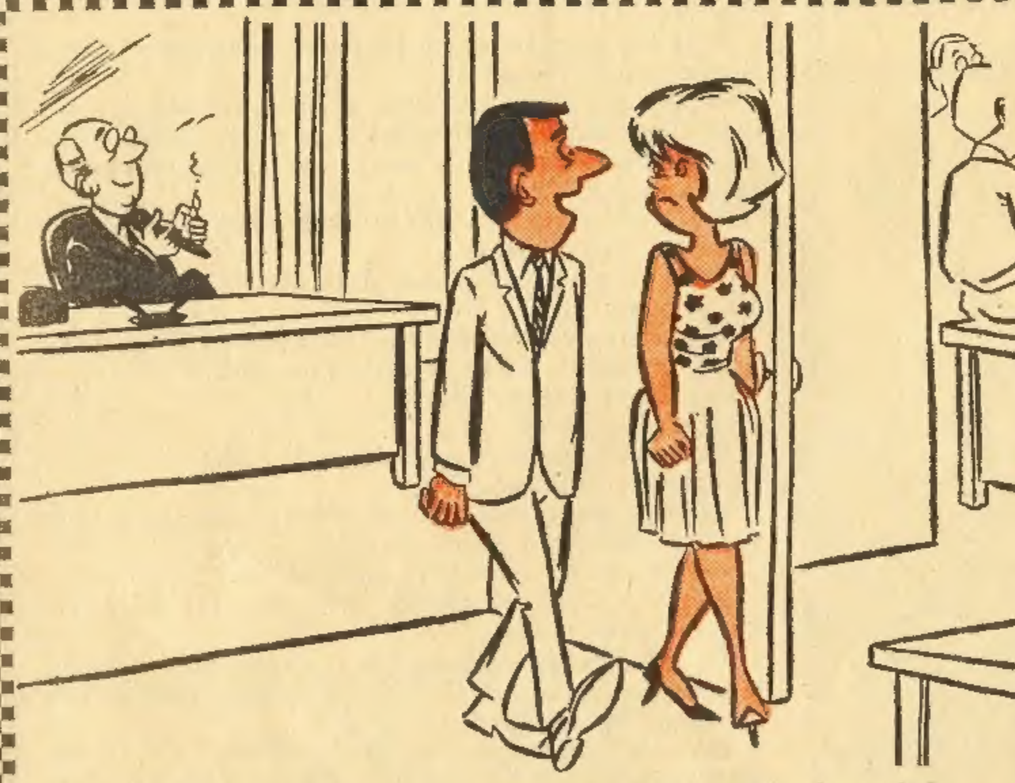
A una de ellas hubo que matarla a escobazos debajo de la cama. Con chocolate, estaba riquísima.

JORGE LLOPIS

—¡Ya sé que no sé de qué estoy hablando! Pero, a pesar de ello, tengo razón.



—¡Estoy contento de que haya perdido! ¡Ahora podré dejar de tomar la papilla que recomienda en la «tele»!



—¡Te aseguro que entré con la intención de pedirle tu mano, pero lo encontré de tan buen humor que aproveché para solicitar un aumento de sueldo...!

CIRCULOS

Federico siempre había sido un muchacho formal y ecuánime, introducido en toda clase de agrupaciones y círculos de la más recomendable personalidad: círculos de jóvenes abstemios, asociaciones de enemigos de las corruptelas, círculos antibeticistas, clubs dedicados a la protección de animales y plantas, etcétera.

A Federico le preocupaban también las cuestiones filosóficas y a veces planteaba curiosos dilemas a sus amigos, los cuales admiraban tanto su ingenio como su actitud ante la vida, de pertenecer sólo a círculos recomendables.

En sus conversaciones con los compañeros, siempre teñidas de suave matiz filosófico que a él tanto le gustaba, le replicaban a los dilemas con epiqueremas, sofismas y controversias, con lo que, sin cometer ningún exceso censurable, lo pasaba tan ricamente.

Siendo un muchacho tan intelectual y tan bueno, las madres lo ponían como ejemplo a sus hijos, y en verdad era algo digno de admirar Federico, siempre introduciéndose en las mejores agrupaciones, cuando no formando círculos modelos de rectitud por su propia cuenta.

Hasta que un día ocurrió lo insólito, pues Federico propuso a su tertulia, para que se lo resolviera, el siguiente dilema:

—Yo debo trabajar, si quiero ser feliz. Pero si trabajo, ganaré dinero. Y el dinero no da la felicidad. Luego si trabajo, no seré feliz.

Apenas hubo pronunciado la última palabra, todo el mundo se apartó de su lado, la gente empezó a señalarle con el dedo, y muchos, hasta le retiraron el saludo.

Federico, al percatarse de lo ocurrido, lloró muy amargamente. Lloró, porque él, que siempre había estado metido en círculos ejemplares y recomendables, con sus manías filosóficas, ante todos sus amigos, acababa de encerrarse... ¡en un círculo vicioso!

CYRANO

ARTICULOS

En el periódico aquél nos pagaban a todos los articulistas por un estilo. A los de más nombre y categoría literaria, un poco más, naturalmente. Sólo había un caso especial, excepcional mejor, que causaba mi admiración y envidia. El caso de Campillo, que cobraba cantidades fabulosas. Leí curiosamente algunos de sus trabajos, por si daba la casualidad de tratarse de pequeñas obras maestras, y casi me eché a reír al ver las ridiculeces que escribía: artículos de condes y archiduquesas, ensayos sobre fastuosas reuniones palaciegas del Siglo XVII, o sobre monterías y saraos de la buena sociedad...

Aquello, más que intelectualidad, rezumaba una cursilería de las de ahí te espero. Los demás escritores seguíamos presentando crónicas filosóficas, de actualidad, sobre avances científicos, etc; y de cuando en cuando se dejaba caer Campillo, nos decía: "¿Qué tal, chicos?", y entregaba al director un cuento lleno de hilarantes salones en los que damas cuajadas de joyas bailaban pegadizos valses, iluminadas por las luces de costosas arañas que pendían del techo.

Llegaba el fin de mes, y en administración nos pagaban a todos la cantidad habitual, y a Campillo, por el mismo número de trabajos, diez o quince veces más.

No pudiendo resistir la envidia, durante treinta días me superé escribiendo cosas que sin duda pasarán a la historia de la Literatura como modelos de concisión, objetividad y estilo, mientras él continuaba con las historias rosadas llenas de jóvenes de la buena sociedad, automóviles imponentes, y yates a todo pasto

Cuando al llegar el día del cobro vi que Campillo recibía una cantidad diez veces mayor a la mía, no pude aguantar más y entré a hablar con el director.

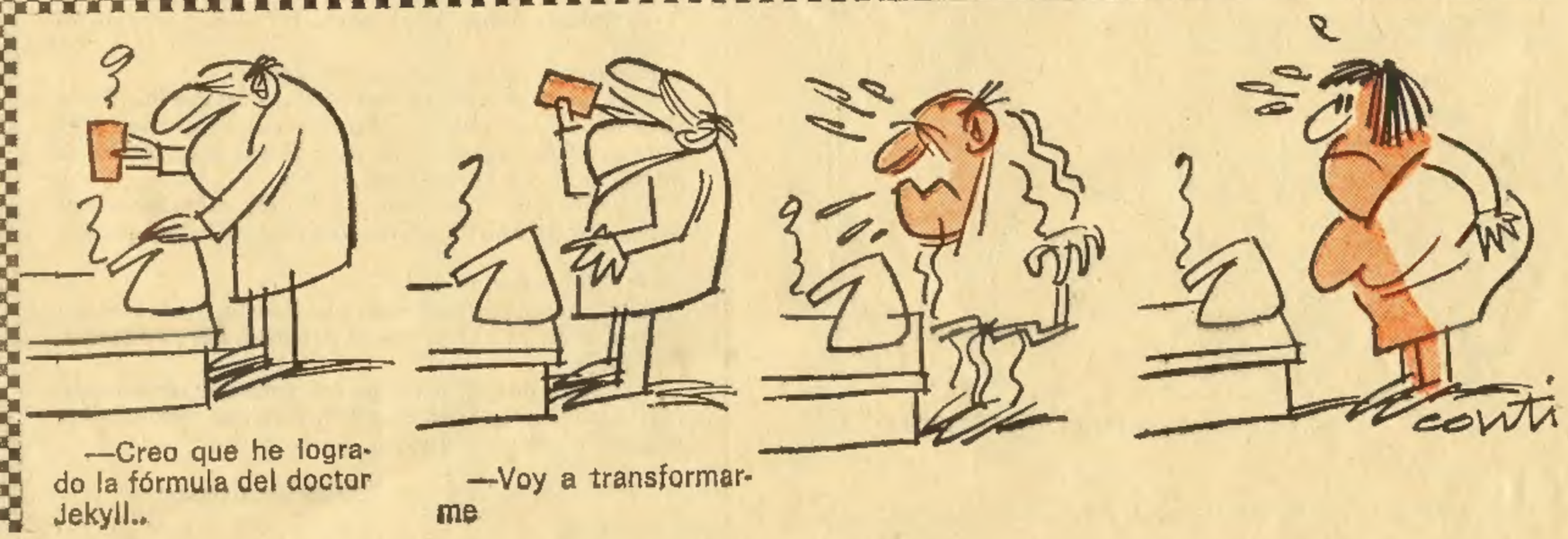
Con amables palabras hizo caer la venda de mis ojos. Mis artículos eran extraordinarios. Los de Campillo, siempre llenos de bailes elegantes y casas fastuosas, eran de una ridiculez insufrible, pero había que pagarlos mucho más caros.

Claro. No eran artículos corrientes. Con aquel ambiente en el que se desarrollaban... ¡eran artículos de lujo!

PEPE GREY

ANIMALITOS

—No creo que ella esté enamorada de él... Tan sólo espera a que llegue otro mejor



—Creo que he logrado la fórmula del doctor Jekyll..

—Voy a transformarme

—¡Ahora bajamos nosotros también!

—¡De acuerdo, ya lo sé...! ¡Es la primera mujer que ves en seis meses, pero...!

—¡No olvides el abrigo, querido!

—Creo que es mejor olvidar esta táctica.

Amor prehistórico

Añuka se sujetó la piel de oso que le apretaba de la sisa, agarró su palo con una piedra atada al extremo y avanzó hacia el oso que la estaba esperando con los brazos abiertos para darle un achuchón.

—¡ Grrr! —dijo la chica, alta, fuerte, bien formada y más desgreñada que una bruja.

—¡ Ujjj! —le contestó el oso mirándola a mal mirar.

Entonces, pasó por allí Grok, más sucio que un puerco espín, con una piel al través y un hacha de silex en bandolera.

Contempló a Añuka y la encontró femenina y grácil. Sus piernas recias y viriles le parecieron fabulosas.

—¡ Está estupenda! —dijo, en su idioma, o sea una cosa así—: ¡ Grj Grajanja!

Y contempló, sin intervenir, cómo la chica se echaba sobre el oso y le daba de golpes, y cómo el oso hundía sus pezuñas sucias sobre la carne femenina y le arrancaba la piel que había pertenecido a su difunto padre, y como, ambos, Añuka y oso, estrechamente abrazados como bailarines modernos,rodaban por el suelo dándose dentelladas y golpes.

—¡ Qué bien muerde Añuka! —murmuró el bestia, sonriente—. Eso es una mujer que sabrá criar hijos sanos y traerá comida, si yo falto. Si sobrevive, me la llevaré para la cueva.

Y se acercó más para ver si la chica —de alguna forma hay que llamarla— le podía al oso.

Y le pudo.

Añuka se levantó sin piel, ni del oso ni de la suya, y empezó a poner sobre los zarpazos tierra sucia para curarlos.

—Bravo, Añuka —gruñó el prehistórico, ayudando a frotarla con cieno.

Ella le dio un manotazo que le hizo rodar ladera abajo. Y Grok se sintió feliz. ¡ Aquello sí que era una mujer fuerte!

Y se fue para la cueva del padre, que estaba desollando vivo a un onagro.

—¡ Que los dioses del hogar te besen la calva! —saludó el prehistórico, arrimándose al fuego, donde una vieja con cara de hombre estaba templando unas puntas de lanza.

—¿Qué? —dijo el padre que era hombre de pocas palabras. Una al día.

—He visto a Añuka. Carne dura. Fuerte. Musculosa. Me conviene.

El padre calvo dejó el onagro para apartar las greñas que le cubrían la cara y mirarle a los ojos.

—¿Cuánto das por ella?

—¿Cuánto pides?

El padre calvo miró a la vieja y le gritó:

—¿Qué nos falta?

La vieja desdentada habló mucho rato sin que se entendiera palabra o mejor gruñido.

—Pide mucho —habló el prehistórico.

El padre siguió desollando al onagro sin mirarle. Con un gesto, le despidió.

En esto llegó la chica vestida de fango. Miró a Grok y puso una cara rara, como si se hubiera clavado un aguijón. Era una sonrisa.

Grok se le acercó rascándose la cabeza. Le abrió la boca para mirarle la dentadura. Palpó sus biceps y sus muslos.

—Pégame —dijo.

Añuka le arreó un sopapo que casi lo deshuella ahí mismo. Con las narices sangrantes, Grok, se levantó feliz.

—¿Quieres tener hijos para mí? —le preguntó el bestia.

Ella se encogió de fango, indiferente.

—Te daré las cuatro pieles de oso, y las dos hachas de silex —habló al padre—. Durante un año, traeré leña para tu fuego sagrado y de todo lo que cace te daré la mitad, pero me quedo con Añuka.

El padre dejó al onagro y sin limpiarse las manos ni nada, abrazó a Grok dejándolo más pringoso que antes.

—¡ Felicidades, yerno!

Añuka cargó con las armas que llevaba Grok, con sus pertenencias y se alejó con el prehistórico. ¡ Ya estaba casada!

—¡ Quiero que me caces un oso para esta noche! —le pidió Grok, ya en plan mandón. Y es que entonces las mujeres obedecían lo suyo.

Armando GUMAS

NOS DAN MUCHA PENA...

Esos ladrones que, por sacarle dos reales a un solitario transeúnte, tienen que pasarse las noches en vela, agarrando pulmonías y bronquitis.

Los gamberros que, para distinguirse de los demás y sentirse más hombres..., acaban pareciendo lo contrario.

El estafador, consumiendo horas y horas de entrenamiento para falsificar una firma y, luego, a la hora de la verdad, se pone nervioso y le pescan.

Los que no piensan más que en ganar dinero y sacrifican a él todo, hasta la salud. Aunque tiene el aliciente de que pueden comprarse toda clase de medicinas.

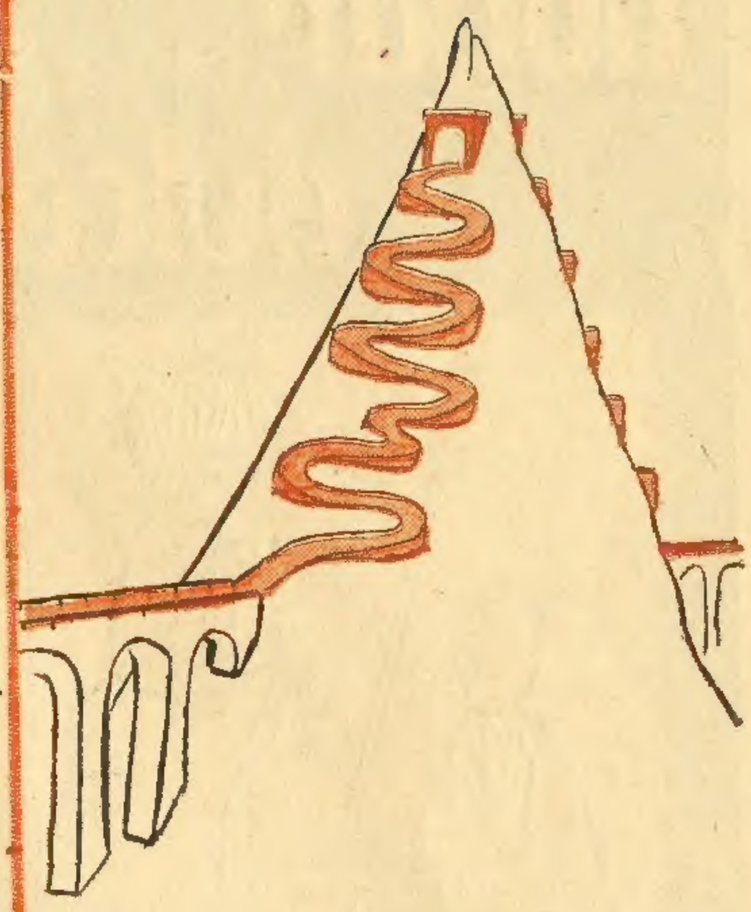
frases

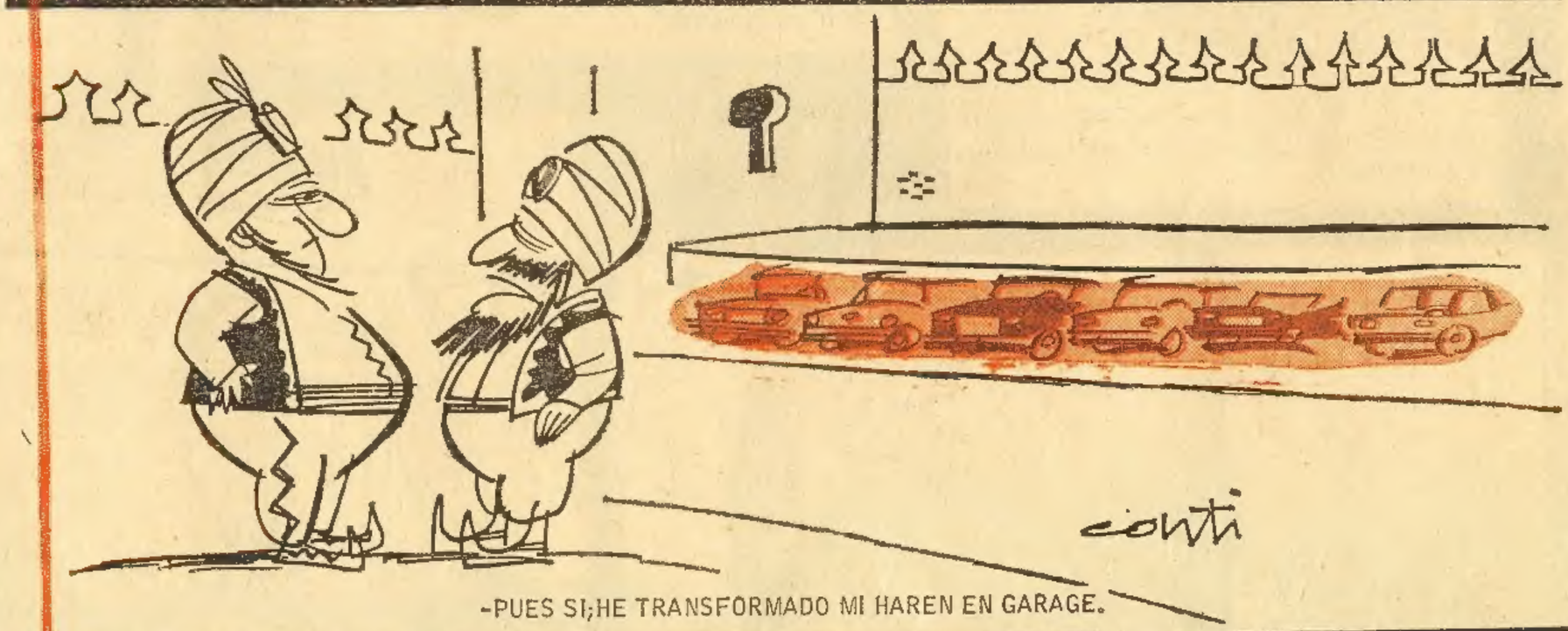
Como dijo un sabio indú, el idiota no nace, se hace. Unas veces tras largos años de estudio, otras simplemente con ver telefilms durante varios meses. Sea como sea, el caso es que muchas veces, sin darse uno cuenta, hace una observación vulgar que dicha por quién es dicha suena a idiota. Por ello, hoy, en DDT, le ofrecemos una lista de las cosas que no deben decir nunca:

EL DUEÑO DE UNA INMOBILIARIA
—¿Por qué no te casas...?
UN MEDICO
—¡No sabe las ganas que tenía de volver a verle!
LA NOVIA
—¿En qué piensas, Manolo?
EL LADRON
—El trabajo dignifica.
EL DUEÑO DE UN 600
—Pepe también tiene coche...
LA CHICA DE BANDERA
—¿Qué estará mirando aquel tipo de allí?
EL QUE TIENE T. V.
—Venid a casa algún día; charlaremos un rato...
EL INGENUO
—¿Qué trae de nuevo el periódico?
EL SIQUIATRA
—¡No digas locuras, hombre!
EL BANQUERO
—¡Dinero, dinero...! ¡Cómo si no hubiera nada más en el mundo!
EL DUEÑO DE UNA JOYERIA
—El dinero no lo es todo en este mundo
EL EMPLEADO DE LA RENFE
—El tiempo es oro.
EL JUEZ
—¡No sea usted inocente...!
EL PILOTO DE UN AVION
—¡Actualmente, no sé dónde iremos a parar!
EL FABRICANTE DE DESPERTADORES
—Al que madruga, Dios le ayuda.

PERIGRULLO

-¿QUE ME VAYA AL CUERNO...?¡PUES ORGANICEME USTED EL VIAJE!





-PUES SI;HE TRANSFORMADO MI HAREN EN GARAGE.

¡LANZAMIENTO DEFINITIVO!

GRATIS

desde cualquier lugar de España

Pida folleto informativo

Doctor asesor facultativo:
F. Perelló Jover
Col. N.º 2018

Grueso o delgado, joven o mayor será bien atendido

Nuestros métodos individuales son indicados en TODAS LAS EDADES para la

CONSERVACION física, el MEJORAMIENTO FISICO y el DESARROLLO muscular

Se pueden practicar a cualquier hora del día (mañanas o tardes) desde la intimidad de su hogar o residencia, con . . .

Solo 15 minutos diarios

SIN MOLESTIAS - SIN DESPLAZAMIENTOS
ANCHAS ESPALDAS - HOMBROS ROBUSTOS
TORAX BIEN FORMADO - VIENTRE Y CINTURA PROPORCIONADOS.

SIN GASTOS NI COMPROMISOS

Por alejado que viva solicite amplia información, enviando hoy mismo este Cupón.

RECORTE Y ENVIE ESTE CUPON

Autorizado Minist. Educ. Nal. 100 - II
Censura sanitaria 27 - C.

CORTE o COPIE este CUPON y dirijalo a:

sansón institut

Apart. Corr.
8047
BARCELONA

Sr. Director: Envíeme sin gastos ni compromiso, amplia información de sus Métodos.

Sr. .....
Calle .....
Ciudad .....
Provincia 25 129

hogar, dulce

—¡No hay quien pueda con usted, pero yo no me rindo tampoco! ¿Quiere casarse conmigo?

—¡Nada de ir al cine! ¡Tenemos que ahorrar para poder ir a la joyería!

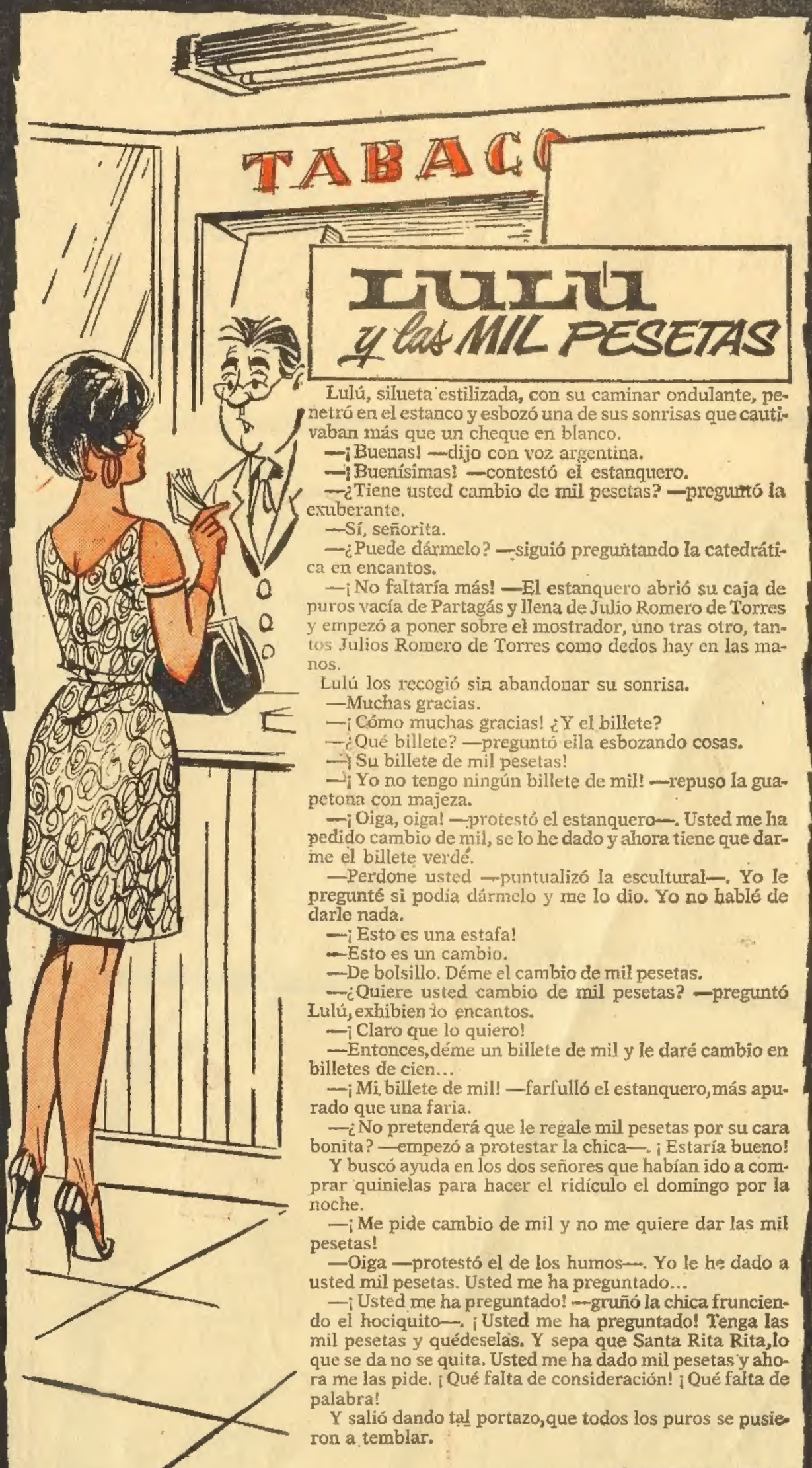
—Es perfectamente normal... Me hizo unas cincuenta preguntas que no supe contestar.

—¡Pues claro que te querré siempre, Federica! ¿Qué remedio me queda?

—Aquí tienes este librito de instrucciones. Procura aprendértelo.

hogar

—¡Esto es lo malo, doctor! Mi marido no habla en sueños..., ¡escribe!



LULÚ y las MIL PESETAS

Lulú, silueta estilizada, con su caminar ondulante, penetró en el estanco y esbozó una de sus sonrisas que cautivaban más que un cheque en blanco.

—¡Buenas! —dijo con voz argentina.

—¡Buenísimas! —contestó el estanquero.

—¿Tiene usted cambio de mil pesetas? —preguntó la exuberante.

—Sí, señorita.

—¿Puede dármelo? —siguió preguntando la catedrática en encantos.

—¡No faltaría más! —El estanquero abrió su caja de puros vacía de Partagás y llena de Julio Romero de Torres y empezó a poner sobre el mostrador, uno tras otro, tantos Julios Romero de Torres como dedos hay en las manos.

Lulú los recogió sin abandonar su sonrisa.

—Muchas gracias.

—¡Cómo muchas gracias! ¿Y el billete?

—¿Qué billete? —preguntó ella esbozando cosas.

—¡Su billete de mil pesetas!

—¡Yo no tengo ningún billete de mil! —repuso la guapetona con majeza.

—¡Oiga, oiga! —protestó el estanquero—. Usted me ha pedido cambio de mil, se lo he dado y ahora tiene que darme el billete verde.

—Perdone usted —puntualizó la escultural—. Yo le pregunté si podía dármelo y me lo dio. Yo no hablé de darle nada.

—¡Esto es una estafa!

—Esto es un cambio.

—De bolsillo. Déme el cambio de mil pesetas.

—¿Quiere usted cambio de mil pesetas? —preguntó Lulú, exhibiendo encantos.

—¡Claro que lo quiero!

—Entonces, déme un billete de mil y le daré cambio en billetes de cien...

—¡Mi billete de mil! —farfulló el estanquero, más apurado que una faria.

—¿No pretenderá que le regale mil pesetas por su cara bonita? —empezó a protestar la chica—. ¡Estaría bueno!

Y buscó ayuda en los dos señores que habían ido a comprar quinielas para hacer el ridículo el domingo por la noche.

—¡Me pide cambio de mil y no me quiere dar las mil pesetas!

—Oiga —protestó el de los humos—. Yo le he dado a usted mil pesetas. Usted me ha preguntado...

—¡Usted me ha preguntado! —gruñó la chica frunciendo el hociquito—. ¡Usted me ha preguntado! Tenga las mil pesetas y quédeselas. Y sepa que Santa Rita Rita, lo que se da no se quita. Usted me ha dado mil pesetas y ahora me las pide. ¡Qué falta de consideración! ¡Qué falta de palabra!

Y salió dando tal portazo, que todos los puros se pusieron a temblar.

Armando MATIAS GUIU

TEATRO SINTETICO

LAS HETEROCLITAS
(Comedia griega)

POR GEORGE VON LLOPINGUEN

Plaza pública en una ciudad.

CORO DE JOVENES GORDITAS: —¡Por todos los dioses del Olimpo, lo que está sucediendo en la ciudad no tiene nombre!

CARIES: —¿Qué es lo que ocurre?

CORO DE JOVENES GORDITAS: —No lo sabemos. Por eso no tiene nombre lo que está ocurriendo.

CARIES: —¡Pues que os frían un intercolumnio, guapas!

TELEFONEMA: —Pero, ¿es posible que no sepas lo que sucede, ¡oh, hermosa y rubicunda Caries? ¿No han llegado hasta tu domicilio los ecos de tan funesta como desacostumbrada efemérides?

CARIES: —Hasta mi casa no llega nada, ya que, como sabes, vivo en un grupo de propileos protegidos.

TELEFONEMA: —Pues hora es ya de que sepas por qué las mujeres de Heteroclia, o sea las heteróclitas, gimen, apostrofan, gritan y se mesan cosas variadas.

CORO DE MATRONAS OPULENTAS: —¡Ah, de la que no se mese todo lo que es posible mesarse, que con ello denota insensatez y desidia!

TELEFONEMA: —¡Estas siempre están mesando!

CARIES: —¿Y tú, mesas?

TELEFONEMA: —Mesas, sillas y otras piezas del mobiliario casero.

CARIES: —Pero, dime, escultural heteróclita, ¿a qué se debe tanto mesar?

TELEFONEMA: —Pues se debe a que nuestros maridos nos abandonan.

CARIES: —Ya. La guerra.

TELEFONEMA: —Estamos en tiempo de paz.

CARIES: —¿Es posible? ¡Qué alegría tan grande...!

TELEFONEMA: —Veo con estupor que te enteras de las noticias un poco tarde.

CARIES: —Yo pensé que nuestros ejércitos mandados por Epaminondas...

TELEFONEMA: —Cerca de Epidauro sufrieron grave y sanguinolenta derrota.

CARIES: —¡Por Vesta, que lo ignoraba! ¿Y quién los venció?

TELEFONEMA: —¡Los Pictos!

CARIES: —Con razón dice la canción popular eso de

¡Picto, picto,
gorgorito...!

TELEFONEMA: —Y Epaminondas, que parecía que iba a dar mucho resultado, abandonó las armas el primero... ¡Una verdadera vergüenza, chica! Ya lo dice el sabio proverbio:

Se dice que a Epaminondas
le dieron sopas con hondas.

CARIES: —Entonces, si no se trata de la guerra, ¿por qué demonios los hombres os hacen de menos, rica mía?

CORO DE MOZALBETAS JONICAS: —¡Mesaos cosas, que los dioses nos abandonan sin causa justificada, protegiendo a los malvados hombres!

TELEFONEMA: —Pues te diré de una vez de qué se trata en cuanto ésas dejen de mesar. Parece ser que nuestros maridos van a cierta casa...

CARIES: —¡No me digas!

TELEFONEMA: —Pero no es lo que imaginas, maja. Se trata de cierta costumbre que se ha puesto muy en boga. Los hombres —con vergüenza y sonrojo te lo explico— acuden todas las tardes a ese sitio y juegan.

CARIES: —¿Y cómo se llama ese sitio?

TELEFONEMA: —Bolera.

CARIES: —¡Un nombre extraño, pardiez! Parece eolio. ¿Y qué hacen allí?

TELEFONEMA: —Cogen una bola y le arrean con ella a unos tronquitos de madera puestos de pie.

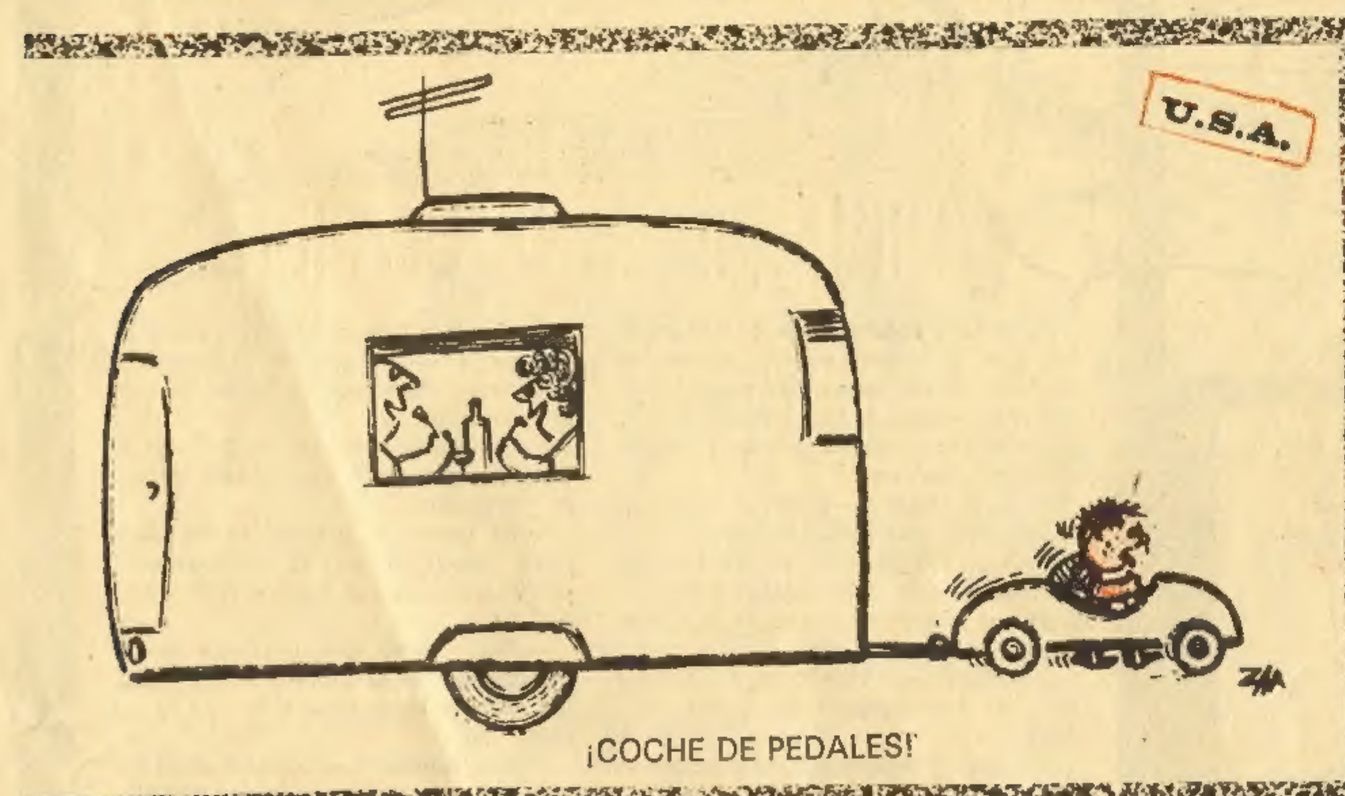
CARIES: —¿Y por esa memez nos están abandonando y dejándonos solas como unas tontas? ¡Mujeres de Heteroclia, irrumpamos de pronto en tal antro.

TODAS: —¡Mueran los hombres!

CORO DE ESO: —¡Sí, sí, y desde ahora va a mesarse cosas Rita!

Sale RITA y empieza a mesarse cosas, mientras cae un poquito el

TELON



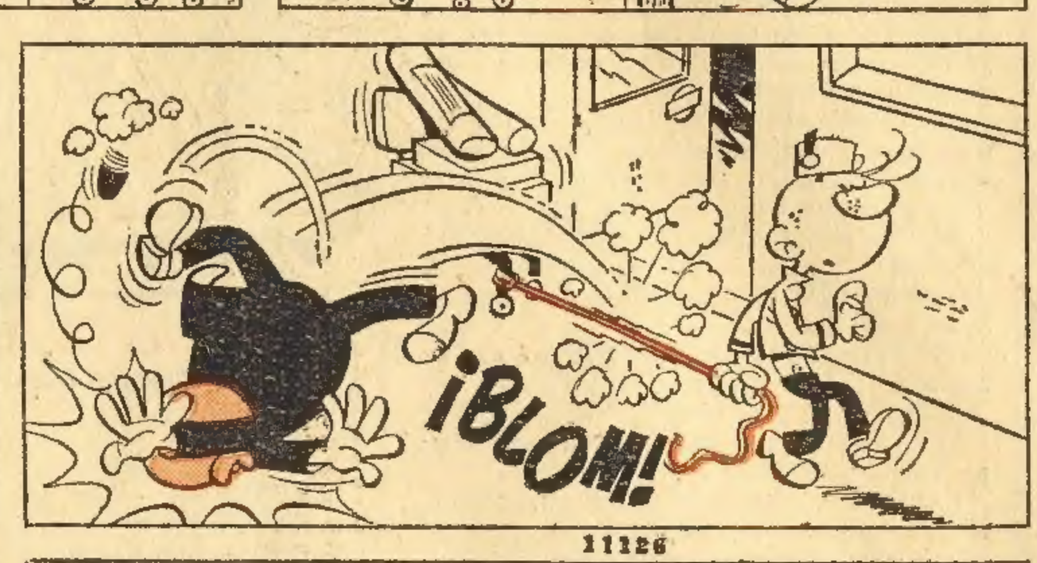
¡COCHE DE PEDALES!

UNU del CHISTE

—Para mí, un té chino con una nube de leche; y para mi marido, un «Johnny Walker», etiqueta negra, con unos cubitos de hielo.

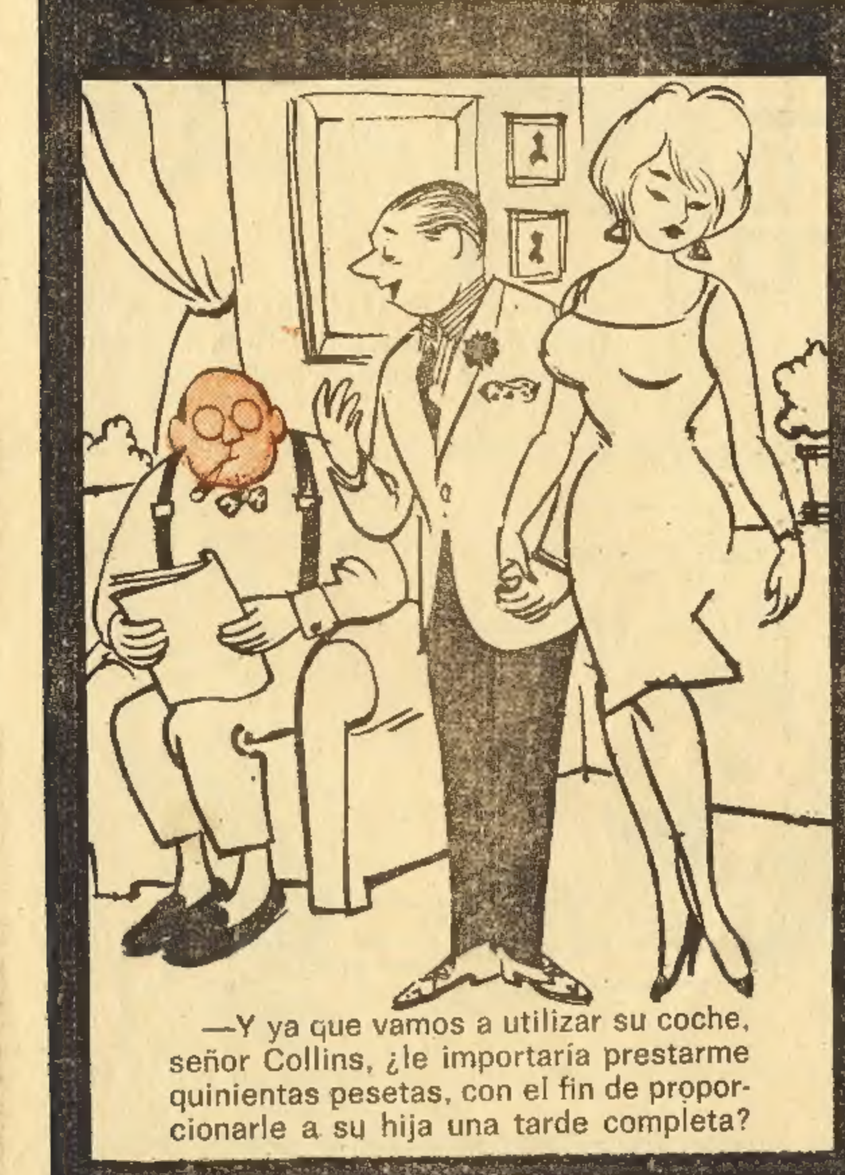
—¡Al campo de fútbol, con la velocidad del rayo!

—¡Fue divertidísimo, querido! ¡Estuviste pidiéndome mi teléfono durante toda la fiesta!



11126

—... ¡y llegó su caballo sin él!



—Y ya que vamos a utilizar su coche, señor Collins, ¿le importaría prestarme quinientas pesetas, con el fin de proporcionarle a su hija una tarde completa?

—Pero, ¿ha visto usted, doña Amparito, qué difíciles se están poniendo los hombres?

Diálogos en la escalera

El timbre sonó a llamada a la puerta, que es como suelen sonar los timbres de las casas. Momentos después, la puerta se abría hacia la parte de dentro, atraída por una señora de edad mediana.

—¿Qué desea? —preguntó la señora al señor que tenía enfrente.

—Soy el cobrador del gas. Cuatrocientas veinte con veinte —dijo el hombre, juntado recibos para entregárselos.

—¿Y por qué viene usted a cobrar el gas? —preguntó de sopetón la doña.

—Pues... —parpadeó el hombre—, ¡porque soy el cobrador!

—Pues me parece muy mal. Al fin y al cabo, el que trabaja es el gas; no me parece decente que venga usted a cobrar cuando a usted no lo he encendido nunca para hacer el estofado.

—Es que yo... —balbució perplejísimo el hombre— soy un empleado.

—También es un empleado mi marido y no ha ido nunca a su casa a cobrarle el gas. ¿O ha ido?

—No sé, señora —repuso el cobrador, desconcertado.

—Además, usted cobra lo que no hace —insistió pesadísima el ama de casa.

—No querrá que venga todos los días a su casa a fabricarle el gas —balbució el cobrador—. El gas se fabrica en la fábrica y viene solo. Yo sólo lo cobro. Cuatrocientas veinte...

—Nada de cuatrocientas con nada. Cuando viene el lampista, yo pago al lampista. ¿O no? ¿Usted, qué paga?

—¿Tengo que explicarle todo lo que pago? —tartamudeó el buen cobrador—. Pues pago la leche, el pan, el mercado...

—No puedo pagarle nada a usted y menos por un servicio que no me ha prestado...

—Si quiere —insistió el hombre para congraciarse su simpatía— puedo gestionar el pago a plazos del gas.

—No quiero que gestione nada. Póngase usted al fogón y si me cuece las patatas le pagaré; si no me cuece nada, no.

—Por mucho que me ponga al fogón, no voy a cocer nada, señora, pero recuerde que vengo mes sí, mes no...

—De eso me quejo. Al principio creía que su asiduidad se debía a que usted quería verme —fingió rubor la doña—, pero luego me he dado cuenta de que sus visitas son interesadas. Viene usted sólo a sacarme los cuartos.

—Perdone, pero yo soy un mandado y a mí me mandan a cobrar el gas... Usted gasta gas y justo es que lo pague.

—También gasto palabras y nadie viene a cobrármelas.

—Como inventaran el impuesto de las palabras vacías, ¡la arruinaban a usted! Le dejo el papelito y ya irá a pagar o la dejarán "desgasada". ¡Hale!

—Con su gas se lo coma. —Y le dio con la puerta en las narices.

Armando MATIAS GUIU

Vates

Romance bastante necrológico

Se la llevan, se la llevan,
se la llevan a enterrar
con su coche y su caballo
y sus lacayos detrás.
Se la llevan, se la llevan
por la calle de Alcalá,
ésa donde hay muchos Bancos
y zona verde central.

Ya llegan a La Cibeles,
esa olímpica deidad,
pétrea, dieciochesca, chula,
gordita y municipal,
condenada por el tópico
a ser, por la Eternidad,
protagonista de chotis
y de tarjeta postal.

Ya llegan junto a Correos
—¡ay, que se la llevan ya!—,
y los hombres, a lo suyo,
sin tan siquiera mirar,
corren a comprar un sello,
mandan un giro postal
o se agencian un impreso
y pim-pam, pim-pam, pim-pam,
le cursan un telegrama
a don Fulano de Tal.

Las palomas de Correos
la lloraban nada más
mientras comían miguitas
de rico y sabroso pan,
o levantaban el vuelo
y, sobre el aire invernal,
hacían una cosita
de la que es mejor no hablar.

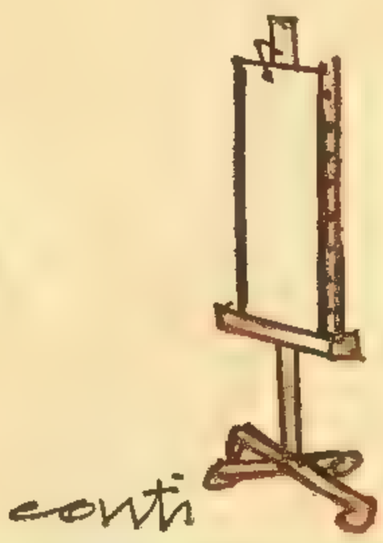
Ya pasan «La Equitativa»
(Fundación Rosillo) y ya
se ve el verdor del Retiro
con su estanque y lo demás.
¡Y ella estaba en su cajita,
que se cerró e hizo ¡crac!,
más muerta que el rey Felipe,
el que está en El Escorial...!

En aquella tarde triste,
yo la llevaba a enterrar,
aunque murió «ab intestato»
y otras muchas cosas «ab».
¡Ay, que la gente insensible
la miraba desde un bar,
mientras tomaba cerveza
y gambitas a la plan,
y se ponía morada,
¡hala, venga de tragar!
¡Ay, de los ayes del mundo!
¡Ay del ay, del ay, caray!
Y es que la gente, ¡canastos!,
practicaba este refrán:
«El muerto difunto, al hoyo
y el vivo vivo... al «croissant».

El marqués de Santillopis

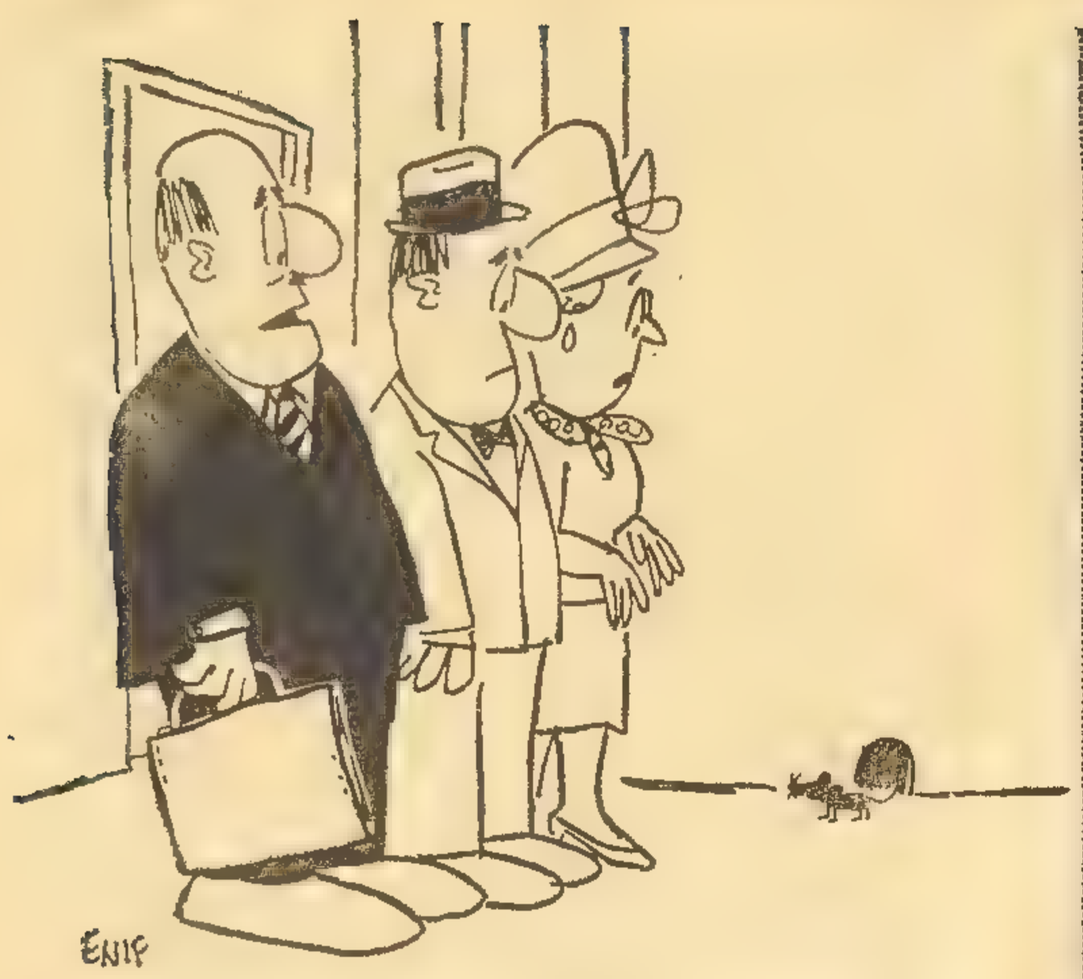
—¡No entienden de loros, créame!

—¿Por qué no me lo dijiste antes...? ¡Ir de compras resulta muy divertido!



queremos GOMINOLAS

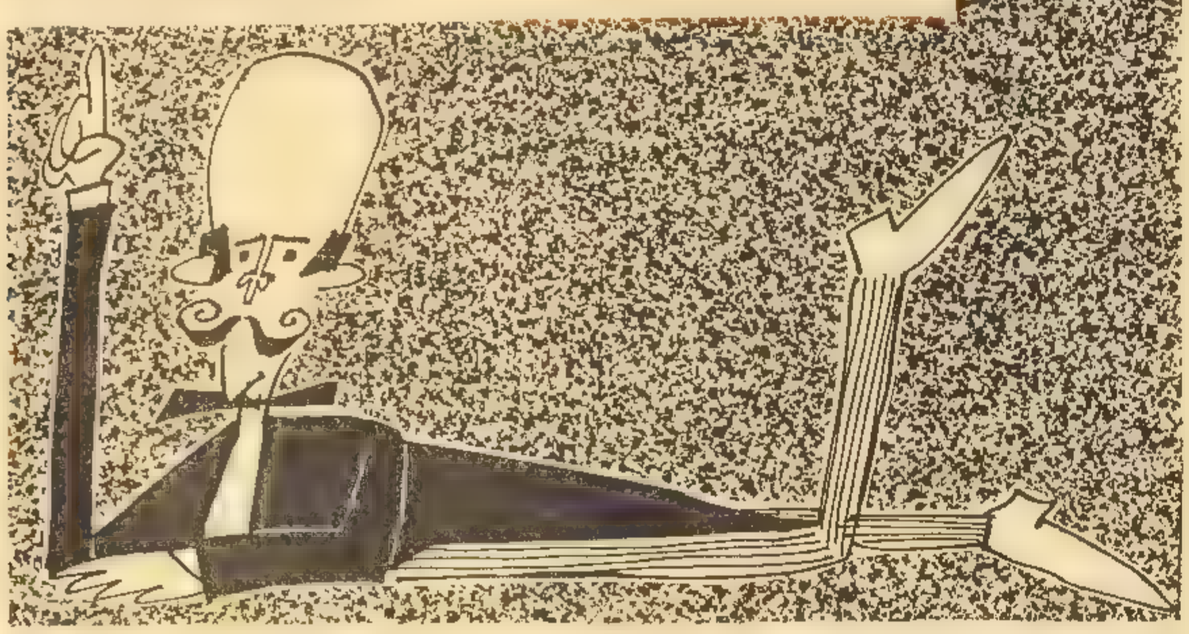
PASTILLAS DE GOMA
GOMINOLAS
fresa · naranja · limón · menta (DE VENTA EN FARMACIAS)



—Mmm..., y otra cosa..., ¡también permitimos tener gatitos en casa!

SEGUROS DE VIAJE

Al habla con Hércules Poirot



Se me dice que estoy alcanzando una regular fama en el país, dentro del mundillo periodístico, porque consigo entrevistas que nadie ha conseguido hasta ahora. Señores a los que todos desean conocer a través del reportaje, señoritas famosas cuya opinión sobre ésto o aquello sería muy interesante saber, nadie, incomprensiblemente, se ha preocupado de emplazar y someter a interrogatorio para información y satisfacción de la gente. Y yo lo estoy haciendo.

Sé que es así.

Pero no se me sube el incienso de la alabanza a la cabeza, y cada noche, cuando agotado de cumplir con mi deber informativo vuelvo a casa, y me relajo dentro del baño espumoso perfumado con raras y costosas esencias, a las que sólo un sueldo copioso como el mío pueden permitir acceso, en vez de dejar la mente en blanco, medito, pienso y maquino nuevos reportajes sorprendentes que puedan, más que proporcionarme nuevos triunfos, servir al público, pues tal es mi máxima aspiración.

De esta forma llegué a la conclusión y descubrimiento de que un señor tan célebre como Hércules Poirot, el genial detective, jamás había contestado a una entrevista. Y que si no lo había hecho, no debía ser por falta de ganas.

Inmediatamente me puse en campaña, y habiéndome enterado de que determinado día iba a llegar a nuestro país, de paso hacia El Cairo para dedicarse a resolver uno de sus acostumbrados enigmas exóticos, marché al aeropuerto a esperarle. El señor Hércules Poirot, como aguardaba, tuvo la amabilidad de concederme unos minutos de su charla, y yo la he recogido para sus numerosos seguidores y admiradores.

—¿Es usted uno de los más célebres detectives mundiales? —le pregunté.

—El más célebre "m'sieu" —se tiró de los largos mostachos con modestia—. El más célebre.

—¿Su mejor caso?

—"Mon Dieu"! —pasó la mano por la cabeza, arreglando los escasos cabellos sobre la brillante calva—. Todos son los mejores. Mis células grises sólo resuelven crímenes que nadie pudo desentrañar, y además lo hacen en un santiamén. Si cuando voy a la biblioteca (que es donde siempre está el cadáver), veo que es un asesinato facilito, inmediatamente renuncio a resolverlo y lo dejo para detectives de menor categoría.

—¿Tiene algún secreto profesional? —seguí ametrallándole a preguntas antes de que reemprendiera el vuelo.

—Sí. La mayoría de los crímenes de mis casos famosos los he perpetrado yo.

—¿Cómo?... —me cayó, de asombro, la pluma de entre los dedos.

—Como lo oye, joven. La vida estaba tan achuchada cuando comencé, que si quería triunfar como detective debía hacer algo que nadie hubiera hecho.

—Pero... —murmuré, estupefacto.

—"Nom d'un chien", no me interrumpa, que estoy a punto de marchar. Cometí aquellos primeros asesinatos: el de la guía de ferrocarriles, el de la piscina, el de Rogelio Ackroid, el del Orient Express, los de los cinco cerditos... Todos; absolutamente todos: Lo que pasaba es que después ideaba las soluciones más descabelladas, las acusaciones más inverosímiles contra señores inocentes y como las teorías siempre eran bonitas, a los inocentes les sabía mal estropearlas, y se callaban y cargaban con el muerto, antes que fastidiar una deducción tan espectacular. Porque he de decir que también tenía la precaución de elegir como acusados a gente elegante y de gusto, que por nada del mundo hubiera destrozado la pieza de arte que eran mis deducciones.

—Pues era usted un pájaro de cuidado.

—Había que vivir, "mon ami". Así pude empezar, y darme a conocer.

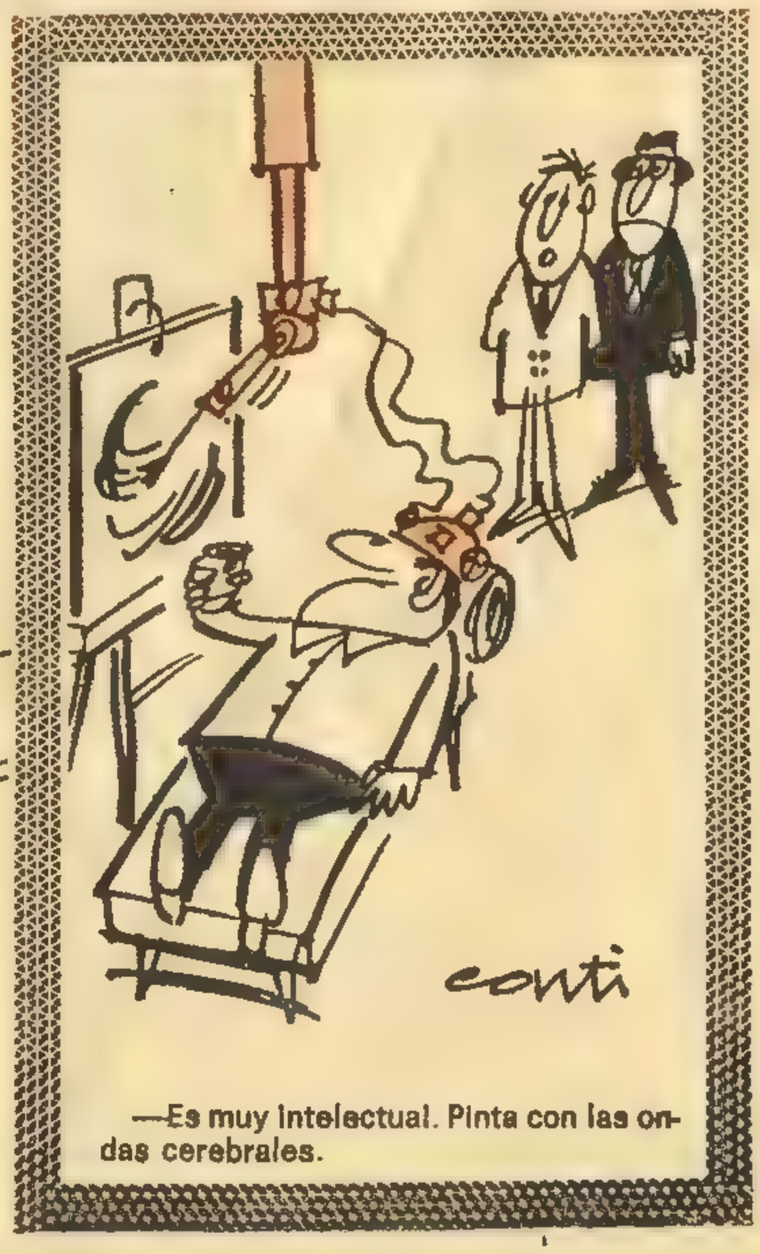
—¿Tiene proyectos inmediatos?

—Sí —respondió el célebre detective belga—. Cuando termine el caso en El Cairo, me retiraré. Necesito descansar ya, porque también a mí me ha llegado la edad de la jubilación.

Y sin añadir una palabra más, Hércules Poirot subió a su avión.

CYRANO

—¡Cuando compré aquí esta estilográfica, el vendedor me dijo que me duraría toda la vida!



—Es muy intelectual. Pinta con las ondas cerebrales.

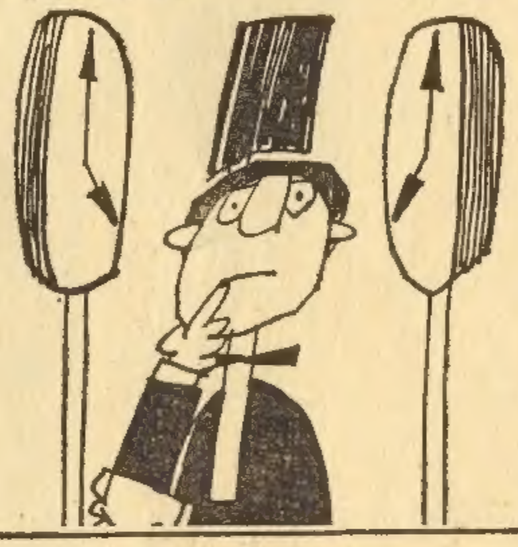
NUESTRA ODIOSA PAGINA DE CRITICA

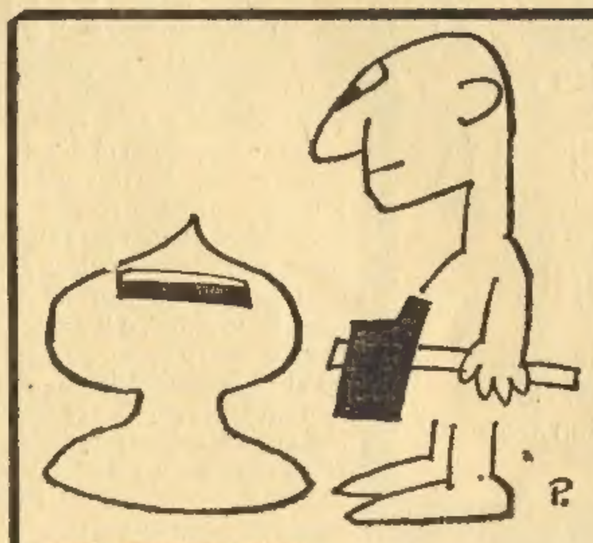
¿QUIEN PAGA LA PUBLICIDAD?

Sí, señor, henos de nuevo con la publicidad y con la publicidad de los cines... ¿Quién paga la publicidad de los cines de estreno? Esta pregunta nos atormenta cual programa de "Reina por un día", y sobre todo nos atormenta cuando después de pasar por taquilla entramos en la sala y nos tragamos el lavado de cerebro que son los 20 minutos de film publicitario. No es que seamos mal pensados, pero el precio de las localidades no nos hace suponer que el empresario de una sala cinematográfica pierda dinero aunque no dé un solo anuncio. El precio de un cine ha ido aumentando paulatinamente, como todo, excepto la reducción del programa y el aumento de publicidad, todo lo cual nos ha hecho concebir una horrible sospecha: ¿No estaremos pagando los films publicitarios como si los protagonizara Ursula Andress y formaran parte del programa normal? ¿No resulta espantoso imaginarlo?

HAY QUE PONERSE DE ACUERDO

No se trata de las grandes potencias, porque de sobra sabemos que éste es un chiste nada original. Hacemos referencias a los relojes que hay a lo largo y a lo ancho de las ciudades españolas. El hombre de la calle, como su nombre indica, pasa gran parte de su vida en la calle. Y necesita saber la hora que es. Y no siempre tiene tiempo de estirar un poco su brazo izquierdo al objeto de que quede a la vista su reloj de pulsera. Entonces recurre a los relojes que hay en plazas, torres, edificios, escaparates de relojerías, etc. Y aquí es donde empieza la desorientación. Creemos que nunca se ha dado el caso de que dos de estos relojes públicos coincidan en su hora. Y es una pena. Pedimos que se pongan de acuerdo. El tiempo es muy importante y hay que medirlo bien. Y en cuanto a los relojes de los organismos oficiales, que los pongan en hora rápidamente. Bueno, pero sin cobrar un nuevo impuesto por ello, claro.





SIN "SINGLES"

El "single" es un disco con sólo dos canciones, una por cara. En el extranjero, donde la moda por la música moderna cuenta con una tradición considerable, es el tipo de disco que cuenta con más aceptación, entre otras cosas por su precio más módico y porque cuenta con más aceptación, caramba.

Aquí, que hemos importado la forma de cantar, de componer y de hacer el fantasma en las salas de fiestas, nos hemos olvidado, o se han olvidado las casas de discos, de importar el "single". Con ello, la jovencita con botas, o descalza o con pantalones y el jovencito con melena, sin ella o con tejanos "pata de elefante", cuando quiere comprarse el último "hit" de Los Beatles, debe desembolsar 90 ó 100 pesetas, que no deja de ser una cantidad considerable. Si existiera el "single", el mismo disco le costaría unas 50, precio mucho más asequible. Y muchas veces no tendría que soportar algunas de las cuatro canciones de un microsurco normal que sólo sirven para rellenar.

LA DECORACION DEL "600"

No es que nos importe en absoluto, pero nos hace mucha gracia ver un "600" trucado. El "600" aunque se vista de seda, "600" se queda. Y la seda son esos faritos tan monos, esos niquelados tan niquelados, esas llantas llenas de agujeritos, etc..., etc... Cierto que cada uno hace lo que quiere con su coche, pero tenemos la impresión de que si unimos los precios del coche sin adornos y los de los adornos sin coche, resulta una cantidad bastante considerable, lo bastante considerable como para comprar un coche mejor, que al fin y al cabo es lo que espera conseguir el dueño del "600" arreglado.

Sin querer ofender a nadie, lamentamos tener que decir que cada vez que oigamos ese agradable ruidito del motor trucado del utilitario nacional —un ruidito muy mono, eso sí, aunque después de hacer 500 kilómetros arrullados por él deseemos comprar una bicicleta— soltaremos una carcajada sincera y sin trucaje. Una carcajada que no implica desprecio alguno, sino sólo risa, y la risa es lo más sano que existe después del jamón serrano y las gambas al ajillo. Espero que nos comprendan.

(Escribieron para usted: A. Turnes y J. Perich

LOS PRECIOS CLAROS Y EL TINTORRO ESPESO

"No hay bien que por mal no venga" es un refrán que nos acabamos de inventar, pero que tiene una aplicación utilísima en la vida moderna. Cuando se inició la campaña "Dos ojos para toda la vida" nos pusimos muy contentos y nos bebimos un litro de tinto, cosa que hacemos siempre que algo nos hace poner contentos. —Vale decir que no corremos ningún peligro de alcoholizarnos—. Sin embargo, el refrán nos viene como anillo al dedo, o como gafa al ojo, al enfrentarnos con los cartelitos con el precio de los comestibles. ¿De qué sirve una campaña de protección ocular, si luego uno ha de esforzarse como un humorista para poder ver el cero que cambia el precio de las sardinas de 20 pesetas a 200? Además de cansar la vista, resulta una estafa para la pobre ama de casa que, muchas veces, no ve la coma, o el cero, o el uno o lo que sea y a la hora de pagar tiene que hacerlo diez veces más de lo que imaginaba... ¿Cuántas veces se ha dicho que esto está prohibido? ¿Cuántas...? ¿Por qué no se hace algo para que se cumpla esta ley...? ¿Por qué?

¡VAYA CON LOS AUTOBUSES!

Poco a poco, ya que de circulación se trata, van siendo sustituídos los anacrónicos y ruidosos tranvías por modernos y elegantes autobuses. Esto, que en principio nos pareció de perlas, al final ya no lo parece tanto, porque vistos los resultados conseguidos por los autobuses, hemos quedado igual, pero con más humo.

Las caravanas de tres o cuatro tranvías se han visto remplazados por caravanas de tres o cuatro autobuses. Así, el sufrido usuario que lleva tres cuartos de hora en la parada esperando el 99, por ejemplo, tiene la inmensa satisfacción de ver llegar cuatro 99 juntos. Los frenazos son mucho mejores en los autobuses y los precios de una modernidad escalofriante.

Para el resto de la circulación (coches particulares, taxis, camiones, triciclos, etc.) el autobús también resulta mucho más atrayente que un tranvía, porque aparece en los lugares más pintorescos e insospechados, adelanta por donde le da la gana y realiza hermosas competiciones deportivas de velocidad. La cosa es dar aliciente a la vida, quitarle monotonía y jugarse el pellello a cada momento. Es por todo ello, y más que callamos, que decimos: ¡Vaya con los autobuses!

TERMOMETRO CINEMATOGRAFICO

MUY BUENA
BUENA
REGULAR
MALA
MUY MALA

LAS TRIBULACIONES DE UN CHINO EN CHINA

NACIONALIDAD:	INTERPRETES:
Francesa	Jean Paul
DIRECTOR:	Belmondo
Philippe de Broca	URSULA ANDRESS

Se suele distinguir en el cine dos tipos de films: los llamados de "evasión" y los otros, aunque muchas veces los que realmente son de evasión (evasión del local en que se proyectan), son los segundos... En el caso concreto de "Las tribulaciones de un chino en China" no hay problema: es el film más de evasión que hemos visto nunca, desde el protagonista que vive una huída continua, hasta el espectador, que apenas tiene un segundo para pensar, ni en sus problemas personales y apenas en lo que se proyecta en la pantalla, sin un instante de respiro.

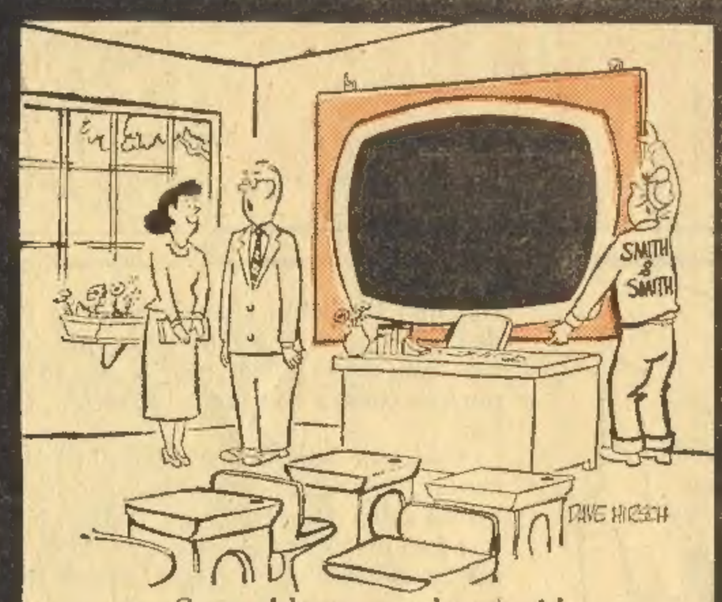
Vagamente basada en la obra de Julio Verne, la película nos recuerda más las famosas "aventuras de Tintín y Milú" de las cuales proceden varios "gags" —pareja de detectives despistados, naufragio con ataudes, pasadizos de lo más oportuno, etc...— y en general el tono de la cinta. Dado que consideramos a dichas aventuras como de lo mejorcito que se hace actualmente en literatura infantil o juvenil, dado que el film tiene una dosis de humor considerable, dado que Philippe de Broca es un director que conoce su oficio y tiene una especial predilección por estos films dinámicos de infatigables protagonistas — recordemos "Cartouche" y "El hombre del Río"—, y dado que Ursula Andress —¿creían que nos olvidábamos?— está como quiere, y quiere estar estupenda además de simpática, "Las tribulaciones..." nos gustó. Sin analizar demasiado, porque si no...

Estamos de acuerdo en que podía haberse sacado mejor partido de los actores y medios que se han derrochado, que algunos de los trucajes se notan demasiado trucados y que la mayoría de los "gags" no sorprenden, se ven venir; pero repetimos lo dicho anteriormente, el film no deja pensar y estos son defectos que se notan cuando, ya fuera del local, recordamos el film.

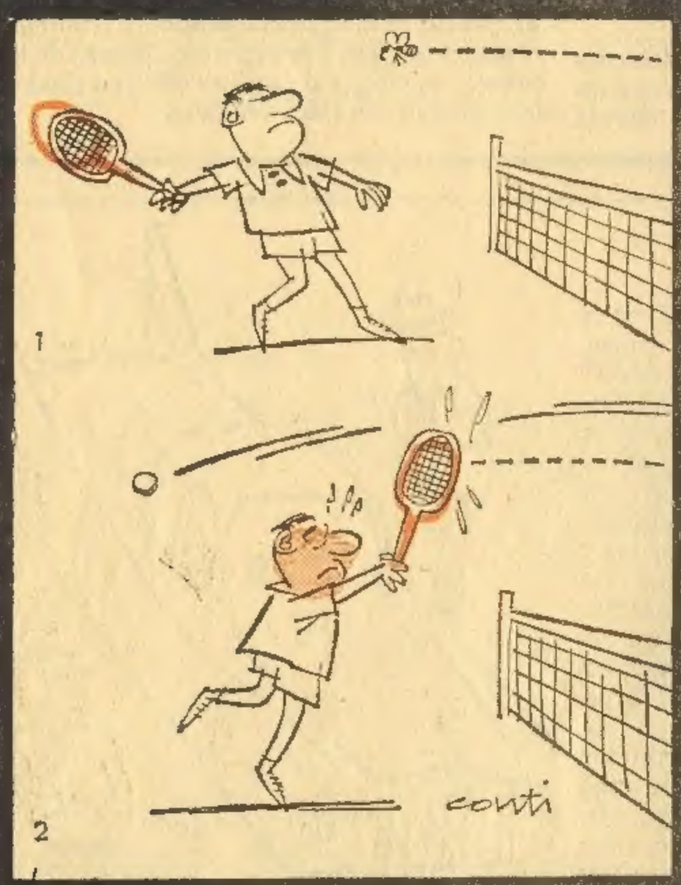
A pesar de lo que digan ciertos críticos, Julio Verne no se hubiera rasgado las vestiduras ante estas "Tribulaciones —y menos viendo a la señorita Ursula— ya que la cinta respira esa atmósfera peculiar de las novelas molde Verne. . ¡Y además que Ursula Andress...!

PERICH

En el juego es muy importante saber perder, pero es mucho más importante saber ganar.



—¡Su problema puede considerarlo resuelto, señorita Hobbs! ¡Sus alumnos le prestarán atención irremisiblemente!



—¡No se está perdiendo usted nada, puede creerme!

—¡De manera que por fin mordiste a un abogado!

Juerga extranjera

Una de las cosas que más me había intrigado, desde hace tiempo, era el pensar cómo se gastarían el dinero y cómo se divertirían esas señoritas y esos caballeros que lo ganan en nuestro país ejerciendo la profesión de atracciones folklóricas para turistas extranjeros, es decir, los que se visten de toreros y torean su vaquilla cuando la ocasión lo exige, o los que se colocan su traje de gitano y tocan palmas y bailan flamenco si la demanda lo precisa, o hasta se ponen un traje de Sierra Morena, y salen a la calle con trabuco para dar ambiente cuando el autocar de los turistas se acerca.

Y el otro día salí de dudas, al encontrarme en una ciudad extranjera a un matrimonio que trabajaba de lo que he explicado, en nuestro país, y que me había sido presentado en uno de esos vinos en donde nos son presentadas las personas más inesperadas.

—¿Qué hacen por aquí? —me apresuré a saludarlos.

—Pues, mire, de vacaciones. Y para desengrasar bien, nos vamos de juerga extranjera. ¿Por qué no nos acompaña?

Accedí encantado, porque quería saber qué clase de juerga buscaban en el extranjero los intérpretes de juergas folklóricas de mi país, para extranjeros. Fuimos hasta una agencia turística, y el matrimonio solicitó ver una juerga típica extranjera.

—Comprendo —sonrió el guía; y en seguida nos condujo a un establecimiento céntrico—; aquí verán una juerga extranjera de aúpa.

Nos buscó mesas junto a un tabladillo, y en seguida empezó la juerga extranjera.

Aparecieron dos rubias bastante delgaduchas, vistiendo ropas pasadas de moda hacía tres años, como las extranjeras que vienen a ver a los folklóricos en nuestro país, y se pusieron a mascar chiclé y a cantar en inglés con desgana.

—Esas son tan rubias como nosotros —dijo en seguida la joven folklórica del matrimonio, en mi dirección.

—Claro —convino su esposo—. Se tiñen, se ponen cuatro trapos que les sientan como un tiro, y en seguida, a hacerse pasar por extranjeras auténticas.

Entretanto, el camarero nos había traído unas botellas de "whisky", que era lo típico. Una de las extranjeras que cantaba en la juerga, habló con nuestro guía con marcado acento extranjero.

—Dice —tradujo éste—, que si le pagan una botella de "whisky", bailará unos charlestones.

—Bueno —concedió mi compañero—. Ya que hemos venido a la juerga extranjera, por eso que no quede.

Las dos rubias bebieron el "whisky", y bailaron un poco, con semblante aburrido. La esposa de mi compañero, como sucedía en aquellos casos, subió al escenario para que las extranjeras la enseñaran a bailar el charlestón, pero en seguida se le vio que era muy hispánica, y no daba pie con bola.

A continuación apareció una pareja vestida con pantalones y jerseys oscuros cubiertos con grandes manchas; él con barba de dos semanas, y ella con el pelo enredado por no cuidárselo. Los dos existencialistas se sentaron en el suelo. Las luces se encendieron y el guía nos dijo que la juerga había terminado, y que teníamos que irnos para dejar sitio a otro grupo de turistas que venía detrás, para ver también la juerga extranjera.

El hombre y la mujer que se ganaban la vida actuando como personajes folklóricos en las juergas españolas, marcharon tras el guía, y yo me fui con ellos.

—¡Qué estafa! —murmuraba la señora—. Por dos payasadas, un dineral.

—Son tan extranjeros como usted y como yo —me decía su esposo.

—Y no beben "whisky" —añadía su joven cónyuge—. Les dan agua coloreada, que nosotros pagamos como "whisky" auténtico.

—Yo me he aburrido de lo lindo.

Y, descontentos, abandonamos el local.

De todas formas, el menos descontento era yo, porque por fin había averiguado cómo se distraían en sus vacaciones los protagonistas de las juergas folklóricas españolas. Y porque había comprobado que la única verdad de todo aquello era, que en las juergas, los turistas se aburren como enanos en todos los países.

PEPE GREY

—Creo que me distraje poniendo laca con el pulverizador.

—¡Alfredo!

El Océano Pacífico se llama así porque en él se producen siempre unas terribles tempestades.

DDTGRAMA (60)

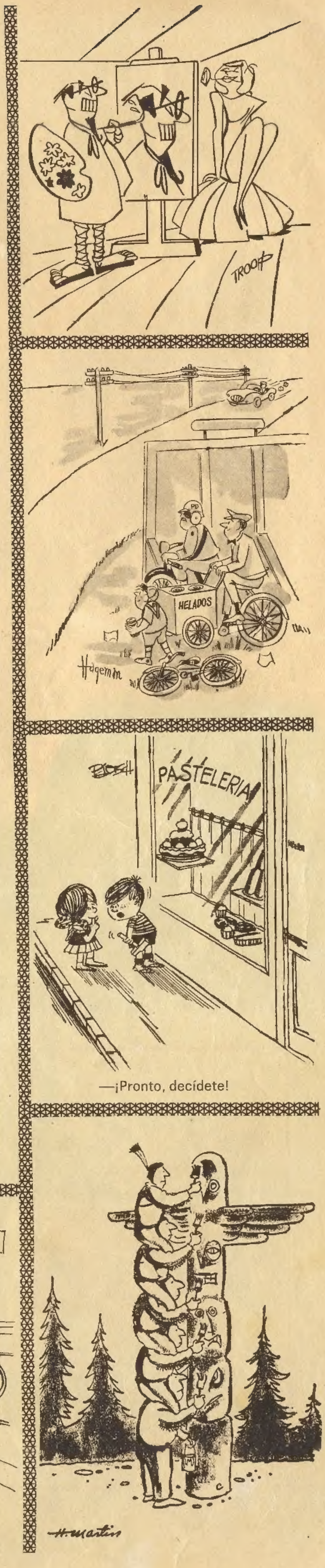
por J. BAY

Modo de resolverlo

Las flechitas señalan el lugar donde empieza la palabra, que puede continuar vertical u horizontalmente, si así lo indica otra flechita sin definición. Las definiciones no se limitan, únicamente a referencias formales, sino que también admiten interpretaciones ingeniosas. Las fotos, sirven de definición, pudiendo significar el nombre del fotografiado o lugar que represente, así como su profesión o cualquier circunstancia que vaya unida a él. Las líneas de trazo grueso y las definiciones indican el final de una palabra.

La solución se publicará en el número siguiente.

SOLUCION AL N.° ANTERIOR



—¡Pronto, decídete!

—Perdone, señorita, ¿pero no cree que dos máquinas pueden hacer el trabajo más barato que una sola?

¡Son los mejores!

Cola-Cao
el alimento completo

porque

Cola-Cao les dió

¡SALUD! ¡FUERZA! ¡VIGOR!

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA